

CAPITULO XVIII.

De la entrada y descubrimiento del Valle de Banderas y quien le puso este nombre.

Comenzaron su viaje, Y ya que estaban dos leguas del valle y provincia, acordó el capitán de soltar cinco de los indios que estaban presos, para que diesen noticia al señor y cacique de cómo iban allá para que saliesen de paz, pues no iban á hacerles mal, sino á verlos y conocerlos, y que les tuviesen de comer y lo necesario para su campo; que á medio día estarían allá y no hiciesen otra cosa, porque los quemaría y abrasaría. Fueron los mensajeros á su pueblo, y dijeron al señor y caciques lo que decía el capitán, á que se juntaron todos los demás del valle á oír lo que decían de la venida de los españoles, que mandaba aquel capitán que nuevamente había venido; y dada la embajada, dijeron que se detuviesen aquel día, porque lo querían tratar con su gente y pueblos, los cuales eran más de ochenta cabeceras, y que habiéndolo tratado con ellos y sabido sus voluntades, harían lo que les pareciese, y avisarían luego de ello, y esta respuesta enviaron al capitán, de lo cual no se sintió bien. Y estando en esto, llegaron los indios de buen parecer y les dijeron que los caciques decían no era su voluntad que fuesen á su tierra y provincia, que se volviesen, porque si no, los matarían y comerían vivos; y habiendo visto el capitán la respuesta tan seca y desvergonzada, les envió á decir que él determinaba ir á sus pueblos, porque aunque le acabasen, no había de volver atrás, y que no embargante lo que decía, le tuviesen de comer y casa, y que le saliesen de paz, porque de hacer lo contrario, los azotaría y les pesaría de ello, y con esto les despachó, y habiéndose ido, el capitán se aderezó muy bien y puso en muy buen orden de guerra su campo, y fué marchando poco á poco el camino en la mano.

Llegaron los dos indios mensajeros á donde estaban los señores y caciques, y dándoles la embajada, les dijeron que mirasen lo que hacían, porque los que iban eran hombres muy feroces y llevaban unos animales terribles que volaban y se comían las gentes, y eran en todo espantosos de ver, y que mejor era recibirlos de paz y por bien. Los pueblos de hacia la sierra y los de la costa, estaban muy rebeldes y concertados entre sí, y dada la palabra de acabar y matar á los que iban á su tierra; y estando en esto, asomaron en lo alto de encima del valle, de donde le divisaban, todos los españoles, y VIERON un pueblo hermosísimo y muy grande, de más de diez mil indios, llamado Tintoque, casi un cuarto de legua de donde estaban; y así que les divisaron á la entrada del valle, salieron á defender la entrada del pueblo más de veinte mil indios armados de arco, macana y dardos arrojadizos, con mucha plumería y embijados, y cada indio traía en la mano y en el carcaje una banderilla de plumería de diversos colores, unas pequeñas y otras grandes, que era hermosura verlas; traían muchas vocinas de cañas, á modo de pífanos, atabalejos muy emplumados, con muchos dijes de sartas de corales al cuello y brazaletes de lo mismo, escarcelas y almetes de plumas de papagayo, verdes y colorados, y unos caracoles grandes que servían de trompetas, y con horrible vocería venían haciendo rostro á los nuestros, con una bizarría graciosísima y PARA LOS NUESTROS espantosa POR ver tanto enemigo como tenían delante y que se les iba aparejando una buena guerra y de mucho riesgo. Viendo el capitán tanto número de gente enemiga, desmayó é hizo una plática bien cobarde á todos los soldados, diciendo: "Señores y caballeros, paréceme que somos muy pocos para tanto enemigo, y que para cada soldado hay más de mil indios; tengo por muy dudoso entrar ni ganarles su pueblo, y SI es cierto que nos han de acabar, mejor será que nos volvamos, y no morir y acabar entre tanto enemigo." Y oyendo estas palabras de un capitán que tantos y buenos caballeros y soldados tenía consigo, se afrentaron, y mirándose unos á otros se rieron, aunque muy corridos de oír tal cobardía, y luego Angel de Villafañá, valien-

te caballero, habló por todos, diciendo: "Señor capitán, ¿ahora es tiempo de decir esas razones y desmayar? ¿qué cosa es volver las espaldas á tan vil gente? ¡No muestra vmd. ser Cortés! Si quiere Vmd. volverse, vuélvase, que por vida de Angel de Villafañá, que han de decir: "aquí los mataron peleando" y no han de decir "aquí los mataron huyendo," y así Vmd. se anime, que aquí hemos de acabar ó vencer como valientes españoles. Vmd. se ponga con Dios y pongamos orden en nuestro campo y armas, que es lo que hace al caso, y no se espante de ver tanta bandera, que son de viento; échense también banderas de nuestra parte, y sea luego."

El Capitán Cortés quedó medio corrido y dió algunas razones en que se disculpaba, y luego dijo: "Ordénense como vmds. mandaren, que yo soy de ese parecer," y luego se pusieron en orden para la batalla, y el capitán Cortés mandó sacar cuatro estandartes reales y los enarboló, y fuera de estos, otro de damasco blanco y carmesí, con una cruz en el un reverso y una letra por orla, que decía así: "En esta vencí, y el que me trajere, con ella vencerá," y por la otra parte estaba la imagen de la Concepción limpiísima de Nuestra Señora, y con otra letra que decía: "María, Mater Dei, ora pro nobis," y al descubrirla y levantarla en alto, hincados de rodillas, con lágrimas y devoción, le suplicaron los afligidos españoles les librase de tantos enemigos, y al instante se llenó el estandarte de resplandores, y causó al ejército valor y valentía, y fueron marchando al son de las cajas y clarines, y llegando cerca del pueblo, los enemigos repartieron por medio en dos mangas; la una se puso hacia la banda de la sierra y otros hacia la mar, que estaba cerca, y los cojieron en medio, y con grandes voces decían que se volviesen á Xalisco, y que de no hacerlo les quitarían la vida. Los nuestros, sin hacer caso de sus bravezas, fueron marchando poco á poco, y estando en estos requerimientos, se descubrieron nuestros estandartes tremolándolos los capitanes delante del de la Cruz y el de Nuestra Señora, y llegaron tan cerca de los del mar, que quisieron romper con ellos, y en esta ocasión el estandarte de Nuestra Señora se llenó más de resplandores, y

Milagro
que suce-
dió.

así como lo vieron los indios se juntaron y, postrados, trajeron sus banderillas arrastrando y las pusieron á los piés del padre Fray Juan de Villadiego, santísimo sacerdote y anciano que tenía en las manos el estandarte de la cruz, á cuya mano siniestra iba el capitán Francisco Cortés con toda la caballería, y postrado ante la señal de nuestra reparación y ante el de la imagen de la limpia Concepción de Nuestra Señora, madre de Dios, por cuya intercesión y con la vista de su santa cruz rindieron aquellos bárbaros sus armas y fiereza, triunfando con la santa cruz, de sus enemigos, pues les asombró de manera que, viéndola, se fueron á humillar á ella, obra del Altísimo que por este medio quiso librar á sus fieles y amansar á aquellos dragones feroces que vivían en la región tenebrosa de la idolatría y habitaban entre arcabucales, grutas y cuevas adorando al demonio. Treinta capitanes, caciques y señores de aquellas provincias se rindieron á la cruz é imagin, por haberse llenado de resplandores, sin otra arma alguna; pidieron perdón al capitán por no haber acudido á su mandato, diciendo que aquellos sus vasallos y súbditos de la sierra eran causa de que no los hubiesen recibido, porque les fueron á decir que no recibiesen aquellas gentes nuevas, porque si los recibían los habían de matar, y que estando juntos tratando del caso, se armaron para lo que se ofreciese, y que estando en esto, como vieron ir el campo de los españoles, así unos como otros dijeron: "¿veis? ya vienen los nuevos en nuestra tierra;" y que ellos les dijeron "vamos y recibámoslos, ¿qué es lo que nos han de hacer?" con que se enojaron los otros y se fueron hacia la sierra y ellos quedaron y se vinieron á su campo.

Año de
1527.

Este suceso fué sábado del año 1527, por el mes de marzo, y estando ya en el campo de los españoles, les dijeron: "¿qué es lo que mandáis? Seais muy bien venidos, vamos á nuestro pueblo, donde seréis bien tratados y tendreis buena acogida;" y habiendo oído el capitán sus razones y disculpas, los acarició y regaló, y así comenzaron á caminar con toda aquella gente que había venido de paz cantando y bailando, con sus pendones y banderas, tocando sus vocinas y atabales muy galanes, y los

Triunfo
de la San-
ta Cruz.

nuestros con mucho orden y recato; y habiendo caminado un rato con mucha paz y conformidad, viendo los de la sierra la paz que tenían con los indios marítimos, vinieron con un ímpetu grande á pelear con los nuestros, y visto el caso, arremetieron los de á caballo y también los de á pié, y saliéndoles al encuentro, los atropellaron y alancearon á muchos, por lo cual se retiraron, y después volvieron con más furia acometiendo á los enemigos de á pié, y mandó el capitán al artillero disparase la artillería, y habiéndola disparado, dió en los capitanes enemigos, que los desbarató y mató cantidad, con que arrojando sus banderas, atemorizados, se fueron huyendo á la sierra y se metieron en sus breñas; y los de la mar y amigos, cojieron las banderas de los vencidos y se fueron con los españoles muy contentos y los llevaron al pueblo y los aposentaron muy bien y regalaron y dieron lo necesario, y el pueblo se inchó de gente, y el capitán mandó á aquellos caciques que se fuesen á sus pueblos y que volviesen otro día todos, porque les quería hablar y darles á entender la causa de su venida; regalólos y dióles algunas cosas que ellos estimaron, y no quedó sino el cacique de aquel pueblo con su gente á servirlos.

Descansaron aquel día y noche con muy buena centinela los nuestros, y los indios amigos cargaron de plumería y despojos, muy contentos. Otro día de mañana, domingo de Lázaro, mandó el capitán decir misa en un cué ó oratorio del demonio, y pusieron una cruz de madera, que fué la primera que se enarboló en aquellos valles, y junto á la cruz, en el cué, pusieron el estandarte que tenía la cruz, y pusieron al pueblo por nombre San Lázaro.

Cantó la misa el padre Villadiego, y cierto que fué milagro que venciesen á tanta multitud de gente con el estandarte de la santa cruz, y que dejando las armas se fuesen á ella. Figuróseles entonces y les vino á la memoria la batalla de las Navas de Tolosa, del rey Don Alonso el octavo, por el triunfo de la santa cruz; dieron muchas alabanzas al Señor de los cielos y tierra por tan gran beneficio, y acabada de decir la misa, el capitán mandó á los soldados saliesen á correr el campo y aquellas pobla-

ciones, y habiendo salido á media legua del pueblo, vieron venir mucha gente de la sierra y de la mar, casi el campo formado de ambas partes como el día antes lo habían visto, y entendieron que iban á dar en ellos. Avisaron al capitán, y salió con toda la gente al encuentro, y se juntaron en un llano raso, y saliendo á encontrar á los enemigos, hallaron dos campos formados, los de la mar y los de la sierra, hacia la sierra, y que querían pelear, y preguntado que por qué era aquello, respondieron que porque habían recibido de paz los del mar á los españoles, lo cual, visto por el capitán, mandó se metiesen en medio de los dos campos, y lo hicieron, y asestaron la artillería hacia el campo serrano, y el capitán envió á decir á los de la sierra fuesen sus amigos, pues lo eran ya los de la mar, porque si no, con él había de ser la batalla y pelea, no con los de la mar, y que así les amonestaba viniesen de paz; lo cual oído y sabido por ellos, se fueron de paz sin quedar ninguno, á dar la obediencia al capitán, el cual los recibió y perdonó y mandó se pusiesen á un lado sin mover las armas, y puso en medio de los de á caballo infantería, veinte capitanes de los serranos y á su señor, y luego envió á llamar á los del campo de la mar, y fueron luego, y cogió otros capitanes, que fueron veinte, y los metió con los otros, y allí los hizo amigos y que se abrazasen y trocaran los arcos y divisas, en señal de paz; y hechas las paces, les dijo que el emperador rey de Castilla le enviaba á visitarlos y conocerlos como á sus vasallos que eran, para que fuesen cristianos y supiesen había Dios que crió el cielo y tierra, y otras cosas enderezadas á nuestra santa fé católica, y que se holgaba fuesen amigos, y les dió un indio que crió el padre Fray Pedro de Gante, para que les enseñase la doctrina. Ellos lo agradecieron mucho y dieron muestra de quedar muy de paz, y luego se tomó posesión por su Majestad de aquel valle, y el capitán les dijo se fuesen á sus casas y pueblos y se congregasen, que él los iría á ver, y así lo hicieron, y los españoles volvieron al pueblo de San Lázaro y Tintoque, y otro día fueron por aquel valle, y todos aquellos pueblos que eran grandes, y había más de cuarenta cabeceras con los pueblos y se juzgó haber más de cien mil in-

dios y toda aquella costa llena de sementeras de maiz de regadío y algodón, que no había cosa baldía, y dieron á los españoles muchas mantas de algodón y cantidad de plumería, y los regalaron mucho, y se tomó posesión en todos los pueblos, y se hicieron iglesias pequeñas, y se pusieron cruces, y viendo que la Pascua iba llegando, se dieron prisa por poder llegar á Colima, por tenerla allí, y habiendo tenido noticia de la Provincia de los Frailes, pasaron el rio de Ameca y fueron á dar al pié de una sierra que despunta en la mar, que se llama Punta de Corrientes; despidiéndose del señor y cacique de aquel valle, que derramaron hartas lágrimas en verlos ir, y por consolarlos les prometieron que volverían presto; y entonces dijeron los indios á los españoles, que mirasen cómo iban á la Provincia de los Frailes, porque no los matasen; que aquellos indios eran traidores y grandes guerreros. Los españoles llamaron á este valle de Banderas, por haber salido los indios de aquella provincia con ellas, y haber vencido los españoles con la de la Virgen Santísima y Santa Cruz, y así se llama hasta hoy.

CAPÍTULO XIX.

Como descubrieron la Provincia de los Frailes y Piloto, y lo que pasó.

Despedidos ya de los caciques del Valle de Banderas, dejándolos muy contentos, tuvieron nuevas de la provincia del Tuito y Piloto, y con cien indios del Valle de Banderas que los guiaban, fueron á dormir al pié de la sierra de Punta de Corrientes, y otro día comenzaron á subir aquellos puertos, bien cansados y maltratados, y como entraron en costa muy caliente y enferma, á todos los más soldados les dieron calenturas y tercianas

terribles, y así quedaron dos leguas del Tuito en lo alto de la sierra, y de allí mandaron volver los indios que habían llevado por guías, y otro DIA dieron aviso á los del pueblo del Tuito de su venida y cómo los iban á ver, que los esperasen; y habiendo avisado fueron caminando. Llegados al pueblo les salió á recibir mucha gente de paz, con coronas y escapularios, como frailes domínicos, con cruces de cañas en las manos, y el cacique, ceñido el hábito, dijo que fuesen bien venidos y que qué buscaban. Los españoles respondieron, que iban á Colima, hacia donde salía el sol, y con esto fueron al pueblo, y los aposentó como pudo, y dió de comer y descansaron allí siete días, y como era tierra fría y sanísima, se les aliviaron las calenturas á los españoles, y el capitán mandó á aquel cacique enviase á llamar á todos aquellos pueblos sus vasallos, lo cual hizo luego, y vino tanta gente aquellos días, desnudos, con sus coronas y sambenitos, que era muy de ver. Llevábanles de comer en cantidad, y preguntándoles que dónde tomaron aquel traje, dijeron que sus padres y antiguos le pusieron en él, y que le tomaron de unas gentes que aportaron en una barca ó navío en aquella costa, habiendo llegado dos, y que el que llegó dió al través, y el otro fué corriendo la costa, y que la gente que venía en el que dió al través, la deshicieron; que eran cincuenta y de estatura robusta y grande y membruda, y éstos les impusieron en hacer coronas, por donde toda aquella provincia era de coronados, y que los tuvieron tan sujetos, que no los podían sufrir, particularmente porque les hacían mudar costumbres, con que se determinaron á quitarles la vida, y los acometieron y mataron algunos, y los que quedaron se metieron la tierra dentro por la parte del Oriente, y jamás tuvieron noticia á dónde pararon ni habían ido.

Mostraron los indios clavazón y una áncora gastadísima de herrumbre que aquellas gentes habían dejado allí. Lo que se puede presumir es, que los navíos que aportaron á aquella costa, fueron de algunas naciones flamencas ó de Inglaterra ó España, que atravesando el estrecho que llaman de Annián, pasaron del mar del Norte al Sur, como lo hicieron en nuestros

tiempos ciertos extranjeros, los cuales llevados por las costas de los Bacalaos y Tierra Nova, pasaron el estrecho de Annian, y dieron con su navío en el mar del Sur, y de su viaje hicieron una relación al Rey nuestro Señor Felipe II, y después de su muerte, el Rey nuestro señor Felipe III, viéndola, mandó á su virrey conde de Monterrey que, á costa de los reales haberes, hiciese el descubrimiento de esta real navegación, lo cual se puso en ejecución en 5 de mayo del año de 1602, que se hicieron á la vela dos naos, Capitana y Almiranta, y una fragata, y fué por general Sebastián Vizcayno, y habiendo navegado y descubierto muchas islas, llegaron al cabo Mendocino, que está en 42 grados de altura, y se pusieron en 43 en un cabo ó punta que nombraron Cabo Blanco, junto al cual se hallaron un río caudaloso y ahondable; procuraron sondearle, y las corrientes no dieron lugar. Entiéndese que este río es el que descubrieron los holandeses viniendo derrotados, y que es el estrecho de Annian, por donde el navío que le descubrió atravesó y pasó del mar del Norte al del Sur.

Hase de advertir que en todo lo que conquistaron los españoles, desde la Veracruz hasta la costa de Culiacán, del nuevo reino de la Galicia, no se hallaron señales más evidentes de haber habido cristianos, que la santa cruz en aqueste valle de los coronados; todo lo referido contaron los indios, diciendo que lo habían oído á sus padres y abuelos, y habiendo de salir otro día el ejército, el capitán hizo juntar á los caciques y gran suma de gente del pueblo de Piloto, de Tlacatlán, Cuzmala, Palamaloto, Utumba, Malabaco, y eran tantos los caciques, señores y gente, que se hallaron más de treinta mil hombres, sin los que no se vieron; y estando juntos, les dijo el capitán cómo el rey de Castilla le enviaba para que los viese, pues eran sus vasallos, y para que les diese á conocer al verdadero Dios, y les dijo otras cosas tocantes á la fé, y que se holgaba de verlos tan amigos y de paz, y les agradecía la buena acogida que les habían hecho; y habiendo tomado la posesión por su majestad y por de la Nueva España, los despidió y les dió algunas cosas de los que ellos estimaban, y otro día, que era domingo de Ramos, en

el mismo año de 1527, se edificó una iglesia en el pueblo del Tuito, que se intituló Santa Cruz de los Ramos, y se celebró la bendición cantando la misa, y dejaron un indio para que les enseñase la doctrina, de los del padre Gante, y después de misa, caminaron por el valle hasta Tomatlán, que está á once leguas buenas de distancia, y aquel día durmieron en un pueblo sujeto de Piloto, donde salió gente infinita y los albergaron muy bien, y otro día, yendo por unos llanos grandes, salió mucha gente que llegaba á verlos embelesados, como cosa nueva y no vista, y habiéndolos visto, se pasaron de largo.

Llegó el ejército á un río poblado de mucha cacería, que al parecer tenía diez mil indios, llamado Tomatlán, y le pusieron el pueblo y río de la Pascua, y el día que llegaron era lunes santo, y les salió á recibir gran cantidad de gente con muchos bailes y plumería, y los aposentó en el pueblo, rogándoles no se fuesen tan presto; y como iban enfermos de calenturas, aunque se les habían aliviado en el Tuito, procuraron irse poco á poco, y viendo que no podían tener la Pascua en Colima, se quedaron allí con los caciques de este pueblo. Toda la gente de la provincia del Tuito, eran coronados, y habiendo sabido que los españoles se quedaban, estuvieron muy contentos, los cuales les mandaron hiciesen una iglesia encima de un cué ó adoratorio grande, y luego al punto la hicieron, y se aderezó lo mejor que se pudo, y se decía misa lo mejor que se podía, y allí tuvieron la Pascua, y todos los días venían gentes nuevas á verlos y regalarlos, por lo cual pusieron al pueblo de la Pascua, y como descansaron, estaban ya mejores y más aliviados de sus calenturas. Pasado Pascua, se tomó la posesión de este río por su majestad, y se hicieron todos los autos y requisitos necesarios, y alzaron el campo despidiéndose de aquellos caciques y gentes, que les dieron guías para Satira, y Contlán y Valle de Chola, y otros ríos que no eran de los Coronados. Estando ya para salir del pueblo de la Pascua, tuvieron nuevas que á tres leguas de aquella provincia, corría el valle de Satira hasta el puerto de Chiamila, y sabiendo era camino derecho su viaje, se aderezaron y pusieron en orden por el camino que llevaban.